



LAURIE LICO ALBANESE

Belleza dorada

NOVELA

DUOMO
NEFELIBATA

BELLEZA DORADA

LAURIE LICO ALBANESE

Barcelona, 2017

Título de la edición original: Stolen Beauty

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2017 por Laurie Lico Albanese

© de la traducción, 2018 por Josep Escarré Reig

© de esta edición, 2018 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.,
Milán Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore., 2012

Todos los derechos reservados

Imagen de la autora: © Martha Hines Kolko

Imagen de la cubierta: Retrato de Adele Bloch-Bauer I,
Gustav Klimt

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)

www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-17128-64-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos

A mi bisabuela,
Regina Falcone (de soltera, Solitar)
1888-1980

Nació siendo judía en el Imperio austrohúngaro
y tendió un puente para su familia
entre dos mundos

A cada época, su arte; al arte, su libertad.

Inscripción del Pabellón de la Secesión,
Viena (Austria)
Circa 1899

El Retrato de Adele Bloch-Bauer I mide 1,38 × 1,38 m sin marco y pesa 10,19 kg. Tiene dieciséis ojos, quince gramos de oro y siete gramos de plata. El vestido está decorado con motivos eróticos y símbolos egipcios: los ojos de Horus para defenderse del mal y el ka de tres lados, que infunde al retrato un espíritu indeleble. Es una reina y una seductora, una judía atrapada en un mundo perdido. Tiene los labios entreabiertos, como si estuviera a punto de decir algo que jamás escucharemos.

MARIA

1938

Cuando Hitler invadió Austria, yo era una recién casada que estaba locamente enamorada.

Fuera, la Ringstrasse era un bullicio de coches, tranvías y transeúntes vestidos con gabardinas con cinturón. En el interior de la casa, bailábamos y bebíamos champán francés. Mi querida amiga Lily acababa de comprometerse con un hombre católico, y la resplandeciente sala de baile estaba en pleno apogeo. Sonaba la música —Schubert— y camareros con pajaritas iban de un lado a otro con bandejas de pastelitos de cangrejo y tortitas de champiñones. Alguien brindó por la feliz pareja. Había copas de cristal y vestidos del color del jacinto y del tulipán. La pista de baile era una mancha de tonos pastel.

Eso ocurrió hace mucho tiempo, pero aún soy capaz de verlo todo claramente.

Yo me había puesto un perfume de violeta y estaba a punto de anochecer. Fritz se movía como una pantera con su esmoquin mientras se dirigía hacia mí cruzando el salón. Mi madre llevaba un reluciente vestido gris y mi padre sostenía el arco sobre las cuerdas del violonchelo cuando alguien gritó:

—El canciller está pronunciando un discurso.

La tía Adele llevaba mucho tiempo muerta, pero vi que mi tío Ferdinand extendía una mano para apoyarse junto a la barra del bar.

—Schuschnigg está hablando por la radio —volvió a gritar el mismo hombre, con voz enojada—. Silencio todo el mundo.

Los violinistas dejaron de rasgar las cuerdas con los arcos y nuestro anfitrión subió el volumen de la radio. La voz del canciller resonó en el salón cuando Fritz se colocó a mi lado. A esas alturas, cada pequeño fragmento de la infancia de mi marido en el gueto judío había quedado atrás y había sido sustituido por maneras elegantes, una camisa blanca almidonada y un barítono de ópera de voz clara. Me pasó un brazo alrededor del hombro y su gemelo de rubí rozó mi mejilla, un poco de frescor en aquel ambiente caldeado.

—Hombres y mujeres de Austria: hoy estamos ante una grave y decisiva situación —dijo el canciller Von Schuschnigg.

Su respiración era tan profunda y pesada que podía oírse a través de la radio. Hombres a los que conocía desde que era una niña palidieron. Bajaron sus copas de champán y levantaron sus servilletas. Lily languideció junto a la esbelta figura de su padre. Alguien volcó una copa y se rompió.

El canciller dijo que el ejército de Hitler estaba en nuestras fronteras, y por un segundo creí que nuestro pequeño país estaba a punto de entrar en guerra. Y pensé que nos enfrentaríamos a los alemanes y que podríamos vencerlos.

—Hemos decidido ordenar a las tropas que no ofrezcan resistencia —dijo el canciller—. Así pues, me despido del pueblo austríaco con unas palabras en alemán que salen de lo más profundo de mi corazón... Que Dios proteja a Austria...

Mi marido hizo un ruido extraño con la garganta. Vi a mi madre pronunciando el nombre de mi padre —«Gustav»— y a él el de ella —«Thedy»—, un instante que quedó impreso en mi memoria como una fotografía. Una mujer se desmayó y en la calle empezó a sonar el ruido de sirenas. Vi al tío Ferdinand moviendo la mano en mi dirección, pero mis padres nos rodearon mientras decían «Esconded el dinero.

Esconded las joyas. Iros a casa. Cerrad las puertas. Coged los pasaportes», y entonces Fritz y yo, entrada ya la noche, salimos corriendo a la calle junto con todos los demás.

Las campanas de la iglesia tocaban y en la calle había cientos de personas agitando banderas nazis. No tenía ni idea de que hubiera tantos austríacos que estuvieran esperando la llegada del Führer. Sin embargo, allí estaban, hordas de gentiles que pensaban que Hitler tenía razón y que los judíos eran los culpables de sus problemas: la pobreza, la tristeza, el frío, de cualquier cosa que los fastidiara. Hitler quería que nos culparan a nosotros. Y lo hicieron. Sonreían y soltaban carcajadas mientras agitaban las esvásticas. «Alemania está unida. Larga vida a Hitler», gritaban.

Todos sabíamos lo que les había ocurrido a los judíos en Alemania, pero hasta ese momento nos había parecido que aquello quedaba muy lejos. Si eso nos convierte en unos obstinados ignorantes o en unos tontos o unos ingenuos, entonces es que lo somos. No hay otra forma de decirlo.

Agarrado al volante de nuestro flamante sedán negro, Fritz miraba hacia delante. Hombres vestidos con uniformes marrones iban por la calle cogidos del brazo, como surgidos de las macizas paredes de los edificios de la Ringstrasse. Los soldados se detenían igual que rígidas marionetas, levantando la barbilla. Quería preguntarle a Fritz dónde habían permanecido ocultos con sus uniformes planchados y sus alfileres con la esvástica, pero al ver lágrimas en el rostro de mi marido me mordí la parte interna de la mejilla y me tragué mis palabras.

Cuando llegamos a la fábrica de tejidos Altmann, donde vivíamos en nuestro apartamento de recién casados, Fritz ya se había calmado y volvía a tener el aspecto del vicepresidente capaz de gestionar la empresa.

—Han venido cuatro hombres preguntando por usted —dijo el portero. Otto era un hombre fuerte, con una mandíbula recta y cuadrada, que tenía dos hijos encantadores. Cuando entramos cerró el candado, y por primera vez en

mi vida se me ocurrió que estaba encerrada detrás de aquellas puertas—. Querían ver al director de la fábrica.

—¿Y qué les dijo usted? —preguntó Fritz.

—Les dije que Bernhard Altmann está en viaje de negocios y que Fritz Altmann está aquí, en Austria.

—¿Y qué contestaron?

Otto palideció.

—Dijeron que Austria ya no existe.

Una vez en nuestro apartamento, cerramos la puerta con el pestillo, apagamos las luces y nos acurrucamos bajo las mantas. Solo llevábamos cuatro meses casados; yo tenía veintidós años y Fritz treinta, pero nos abrazamos como dos niños atemorizados.

—Te irás de inmediato —susurró Fritz. Me apartó el pelo de la cara—. Mañana, si es posible. Ve con el tío Ferdinand; yo me reuniré con vosotros en cuanto pueda.

Mi tío Ferdinand y Bernhard, el hermano de Fritz, habían intentado advertirnos sobre Hitler, pero sus temores nos habían parecido vagos e improbables y los habíamos escuchado como lo había hecho la mayoría de los austríacos: con una mano en el dial de la radio, buscando música y entretenimiento.

—No pienso irme sin ti —dije—. Esperaremos hasta que te hayan renovado el pasaporte.

Mi pasaporte era válido, pero el de Fritz había caducado después de nuestra luna de miel. Habíamos hecho todo el papeleo, presentado la solicitud de renovación y nos habíamos olvidado de ello. De eso hacía un mes.

—Ahora no conseguiré ningún pasaporte —contestó Fritz. Las luces de la fábrica brillaban a través de la ventana de nuestro dormitorio, iluminando su cara en zigzagueantes sombras—. Los nazis no me lo darán. Vete tú primero y yo iré lo antes posible.

—¿Ir adónde? —le pregunté—. No quiero ir a ninguna parte sin ti.

—Vete con tu tío a Jungfer Brezan —repuso—. Allí es donde dije que iría si Hitler invadía Austria. Checoslovaquia será un lugar seguro.

Solo entonces recordé que mi tío me había hecho señas en la sala de baile.

—Llamaré al tío Ferdinand por la mañana —dije—. Él encontrará la manera de que podamos irnos juntos.

Apreté la mejilla contra el hombro de Fritz y recordé el leve perfume de canela de su loción para después del afeitado la noche que nos conocimos. Aquella noche también había música y hombres con esmoquin, una brisa fresca colándose por una ventana abierta en el baile de los abogados y una fila de mujeres con carnés de baile esperando a que sonara el segundo vals.

—Fíjate en ese —le dije a Lily cuando Fritz pasó por nuestro lado.

Pensé que se movía como lo haría un seductor cuando deseaba a una mujer, como si hubiera terciopelo bajo sus pies. Y además estaba ese perfume de canela, como de pan recién hecho y desayuno en la cama, que dejaba tras él.

—Es Fritz Altmann —me susurró Lily—. Es un cantante de ópera aficionado y un verdadero encanto. Reconozco que es guapo, pero no pierdas el tiempo con él... Está loco por una mujer casada.

Podría haber escuchado la advertencia de mi amiga si Fritz no hubiera subido al escenario donde estaban los músicos en aquel momento y hubiera enmudecido a toda la sala con una emotiva canción de amor de Schubert: «Tú eres la calma, la dulce calma... Tú eres la nostalgia y lo que ella apacigua». Quizá fuera un vividor, pero su voz tenía la calidez de un fuego ardiente. Cantó sobre la nostalgia, el placer y el dolor. Cantó como si quisiera un hogar, y esa misma noche creé uno para él dentro de mí.

No abandonaría Austria ni Viena sin él. El mero hecho de pensarlo me resultaba aterrador.

A la mañana siguiente estaba engullendo un trozo de tostada cuando un repartidor con una gorra azul golpeó la puerta de la cocina. El cielo estaba despejado cuando Fritz le dio una moneda de plata y leyó el telegrama de su hermano.

«A salvo en París. Esconde los libros. Ven inmediatamente o espera mis instrucciones. Stop. Bernhard».

—Por supuesto —dijo Fritz con una voz tensa que apenas reconoció—. Tengo que esconder los libros de contabilidad.

El periódico estaba aún por abrir encima de la mesa. Había una fotografía del convoy de Hitler cruzando el río Danubio sobre un aviso enmarcado que decía: «con efecto inmediato. Los judíos deben informar de todos sus bienes, propiedades y dinero en efectivo en el cuartel general del Reich. Los que se nieguen a cooperar quedarán sujetos a confiscación y encarcelamiento».

—Voy a llamar al tío Ferdinand —dije. Golpeé el auricular del teléfono una vez, y luego otras dos. No había línea, y eso aumentó mi sensación de apremio—. Voy a ir a su casa. Quizás ya tenga un pasaporte y documentos para ti.

—No puedes ir —dijo Fritz—. No tienes ni idea de lo que está ocurriendo en las calles.

Me abroché el abrigo y me puse la bufanda y los guantes. Mi determinación era un metrónomo repiqueteando dentro de mí: «No puedo irme sin ti, no me iré sin ti, no puedo irme sin ti, no me iré sin ti».

—Tú coge los libros de contabilidad. Iré a ver a mi tío y luego pasaré por casa de mis padres —dije—. Estaré de vuelta en tres horas, puede que menos.

La fábrica de tejidos Altmann ocupaba cuatro hectáreas del distrito Margareten de Viena, al suroeste del centro de la ciudad. Los edificios eran de color amarillo y de ladrillo encalado, y estaban conectados por un laberinto de pasillos. Contaba con una moderna cafetería donde todos co-

mían juntos; Fritz y Bernhard conocían a cada uno de los trescientos empleados por su nombre.

Fritz me acompañó hasta la puerta principal, donde encontramos a Otto, que todavía estaba de servicio en la garita.

—¿Dónde está el hombre del turno de mañana? —le preguntó Fritz.

En general, los trabajadores empezaban a llegar antes de las ocho, pero ese día la fábrica aún estaba vacía.

—No se ha presentado —contestó Otto, encogiéndose de hombros. Se quedó mirando mis resistentes zapatos—. Frau Altmann, las calles son peligrosas. Espero que no tenga intención de salir.

—Espera —dijo Fritz—. Iré contigo más tarde.

—Voy a salir ahora. —Apoyé mi rostro contra el suyo—. Tú ocúpate de los libros.

Al otro lado de las puertas, nuestra calle estaba desierta y las casas en silencio. Las sombras que se proyectaban a través de las ventanas de los salones parecían aletear y parpadear mientras me alejaba de mi casa. Estaba mucho más asustada de lo que le había dado a entender a Fritz. En la parada del tranvía mantuve los ojos fijos en el suelo y me subí el cuello del abrigo para taparme la cara. Intentaba no pensar en nada. Solo trataba de respirar y mantener la calma.

En el tranvía no había revisor. Los asientos estaban llenos de silenciosos obreros y criadas vestidas con almidonados uniformes blancos. Metí el billete en el bolsillo y me sujeté a una correa de cuero cuando el vagón empezó a moverse. Mientras rodeábamos el distrito de Mariahilf, vi que había una amenazadora bandera nazi roja colgando de un edificio alto. Todos nos volvimos para mirar, y todo el vagón lanzó un grito que parecía estar a medio camino entre la expectación y el terror.

En la parada que había cerca de Naschmarkt, un hombre muy alto vestido con un uniforme negro subió al tranvía y gritó «¡Heil Hitler!». Todo el vagón respondió al saludo,

pero yo vacilé. Sentí el aire saliendo de mis pulmones. El hombre bramó de nuevo «¡Heil Hitler!» y se quedó mirándome fijamente hasta que levanté el brazo y pronuncié las palabras. Mientras lo hacía, vi el Pabellón de la Secesión deslizándose a mi izquierda. En las escaleras del museo había una fila de soldados que estaban desplegando una bandera roja para cubrir el lema que llevaba allí toda la vida. Hice un esfuerzo por recordar lo que decía, pero las palabras se desvanecieron tan rápidamente como la cúpula dorada que desapareció de mi vista.

La siguiente parada era Karlzplatz. La iglesia de San Carlos presidía la plaza. Bajé sin mirar atrás. Las puertas de la iglesia estaban abiertas de par en par, las campanas repicaban y había una multitud delante de la fuente. Me di la vuelta, agarré el bolso con fuerza y traté de no correr por las calles.

La casa de mi tío estaba en Elisabethstrasse y tenía vistas al Parque Schiller. Mientras rodeaba una parcela de arbustos secos, casi me tropecé con una fila de ancianas que estaban de rodillas. Llevaban abrigos de piel y botas de charol; estaban fregando las aceras con cepillos de dientes. Perdí el equilibrio, me paré y estuve casi a punto de vomitar en la calle.

—Si haces un buen trabajo, quizás deje que te quedes con ese enorme anillo de diamantes, judía asquerosa —gritó un soldado.

Golpeó a una mujer con el rifle. Sentí un dolor agudo en la mandíbula, como si también me hubiera golpeado a mí. La mujer lanzó un grito y el soldado volvió a golpearla. Observé los rostros de las ancianas, rezando para que no hubiera alguna a la que conociese.

—Únete a nosotros, Fräulein —me dijo un soldado. Otro se echó a reír y pensé que iba a desmayarme—. Podríamos aprovecharnos de una chica tan guapa como tú.

Salí del parque, subí los escalones del número 18 de Elisabethstrasse y llamé a la puerta.

—¿Tío Ferdinand? —Primero llamé a mi tío, y luego a su mayordomo—. ¿Georg? ¿Estáis ahí? Soy Maria... Soy yo... Por favor, abridme la puerta.

En el parque, detrás de mí, sonó un disparo, y noté que se me doblaban las rodillas.

Se abrió la puerta y vi a la cocinera de mi tío de pie, con su uniforme blanco y un trapo sobre el hombro. Estuve a punto de lanzarme en sus brazos, pero ella me miró con indiferencia.

—Su tío no está —dijo Brigitte—. Se fue antes del amanecer. A estas horas es probable que ya haya cruzado la frontera.

—¿Se ha ido? —pregunté, aturdida.

No se me había ocurrido que mi tío pudiera irse sin nosotros.

—Sin decir ni una palabra a nadie. —Brigitte torció la boca—. Georg lo vio empaquetar sus papeles y cerrar la caja fuerte. Es probable que se haya ido a Jungfer Brezan.

—¿Ha dejado algo para mí? —pregunté—. ¿Un paquete o un sobre?

Brigitte se encogió de hombros.

—Me gustaría echar un vistazo a su estudio.

Incluso a mis oídos, mis palabras sonaron como una súplica.

—Haga lo que quiera —dijo, y se hizo a un lado.

El enorme palais estaba vacío y silencioso. Los muebles parecían proyectar largas sombras en el salón y el reloj del abuelo que había en el rellano marcaba la hora con un ritmo que parecía una carga de dinamita. Arriba, en el piso superior, el escritorio de mi tío estaba extremadamente ordenado. Intenté abrir los cajones, pero estaban cerrados. Miré debajo de la radio y del papel secante y pasé la mano por las estanterías vacías. Ni siquiera había una capa de polvo.

Aunque aún podía oler los cigarrillos de mi tío, me quedó claro en seguida que no había dejado nada para mí. Mi últi-